

Capítulo II

“La fiesta de los dioses del sol”

No sé cuanto tiempo estuve allí paralizado de estupefacción, pero de pronto, el sol se ocultó tras alguna nube y la piedra quedó tan opaca y apagada que dudé de lo que acababa de ver. Paso a paso, me acerqué receloso hasta la mesa: la piedra era la misma; esta vez nadie la había cambiado. Me incliné un poco para mirarla, sin atreverme a tocarla aun, el resto de la mesa estaba vacío...

Golpeé ligeramente con el dedo la enigmática piedra, temiendo que quemase; sin embargo, estaba fría. Entonces la tomé y la observé atentamente: no había duda; los dibujos eran más pequeños. La piedra debía ser otra aunque la forma y el tamaño me parecían iguales... levanté la vista lentamente y descubrí con sorpresa que una mujer, a unos veinte metros de distancia, me miraba apoyando su brazo en un tronco. Sus facciones y su cuerpo semidesnudo eran perfectos. Y su largo pelo se columpiaba sobre su espalda de cobre, sujeto en su cabeza por una llamativa cinta de colores. Sus mejillas estaban pintadas y desde la distancia se intuía la profundidad de su mirada... me aparté con una mano mis largos cabellos para ver mejor, y en ese momento dio ella media vuelta y desapareció entre los árboles. Con un impulso casi involuntario, comencé a correr hacia el punto donde ella se había esfumado... me detuve mirando alrededor; metí la piedra en el bolsillo y corrí de nuevo hacia donde me parecía haber visto un ligero movimiento. Volví a verla otra vez; su pelo desaparecía tras la alta vegetación del lugar. Seguí corriendo hasta que la visión que llegó a mis ojos me hizo tropezar y caer por tierra: allí, delante de mí, en el centro de un pequeño círculo que hacían los árboles, había una especie de altar ovalado sobre el cual posaba una piedra negra del tamaño de un pan redondo que despedía grandes aros coloreados bajo los rayos del sol que había salido de nuevo. tras ella, con las manos apoyadas en el altar, estaba la mujer cuyo rostro parecía divino tras los rayos y círculos de colores...

Me incorporé lentamente y avancé como si me dirigieran desde arriba, hasta la piedra. Los ojos mágicos de la india estaban fijos en los míos, y permanecí con las manos apoyadas en el altar, mirándola intensamente. Y no nos movimos hasta, que el sol se ocultó de nuevo y quedamos los dos, uno frente al otro, con el altar y la piedra apagada en medio... ella fue la primera en moverse separándose del túmulo y agachándose en la tierra se volvió hacia mí, indicándome que me acercase. Me agaché junto a ella y entonces comenzó a dibujar en el suelo... dibujo un sol y varios hombres

bajo él. En otro dibujo, los hombres tenían una especie de rayos en sus cabezas y otros no. En otro dibujo, los hombres con rayos tenían alas y se movían por el espacio.

Hizo varios dibujos más volviendo de vez en cuando la cabeza, como para ver si yo iba comprendiendo... al parecer, pretendía explicarme que en este planeta había dos tipos de hombres: unos con alas y otros sin ellas; y que había otros seres relacionados con el sol, los cuales tenían algo que ver en todo esto. Pero no lograba entender mucho más. Puede que tuviese relación con lo que yo andaba buscando sobre el origen de la especie humana...

Después de hacer otros dibujos más misteriosos todavía, se levantó y, tomándome de la mano, me llevó hasta el lugar donde estaba la gran piedra. Luego, colocándose frente a mí con la piedra en medio, alargó los brazos. Yo hice lo mismo y las palmas de nuestras manos se unieron; y nuestras miradas fluían del uno hacia el otro con un misterio insondable... En ese momento el sol apareció de nuevo y nos iluminó. La piedra comenzó a exhalar círculos de vapor coloreado que nos fue envolviendo y los rayos que despedía iluminaban nuestros rostros haciéndolos transparentes. Los ojos de la india se convertían poco a poco en espejos donde comenzaron a reflejarse unas figuras iluminadas que descendían de unas naves de fuego en un planeta de vegetación gigante, que podía ser la tierra hace millones de años... las imágenes y sensaciones que a partir de ahí comencé a percibir no pueden escribirse, ni siquiera imaginarse. Solo sé que yo era capaz de leer en la mente de la india, que se había convertido en un centro cósmico, donde se iban interpretando unos impulsos u ondas que venían desde el espacio y que me iban embriagando de un conocimiento mágico y sobrenatural, como si el universo me hiciera participe de todos los secretos de la vida en una verdad galáctica. Supe entonces que seres extraterrestres están en contacto con muchas personas en toda la tierra, cuya misión, inconsciente o consciente según los casos, era el evitar la destrucción del planeta que el resto de los hombres iba a llevar a cabo... supe también que la destrucción era ya inevitable y los que habíamos sido elegidos, así como elementos de las razas pacíficas, íbamos a ser arrancados de la faz de la tierra, hecho este que se iba a producir en la ciudad inca de Machu-Pichü, en la fiesta del sol, cuando los rayos solares incidiesen una vez cada mil años y este era el año elegido para la gran evasión de los hombres conscientes.

Para huir, debería desplazarme con mi piedra a la ciudad inca antes de la fiesta del sol, y cada elegido tendría allí su piedra que era algo así como un billete para el gran viaje galáctico...

Estas fueron las conclusiones que saqué de toda la tormenta magnética que desfiló durante no se cuanto tempo por mi mente... después de abrir los ojos, me encontré en el suelo, totalmente desnudo, abrazado al cuerpo precioso de la india, tumbados sobre la hierba, mojada como de haber llovido. Nuestros cuerpos brillaban extrañamente bajo la luz de una luna casi gigante que nos iluminaba... al mirar hacía arriba otra vez, vi que un impresionante grupo de indígenas maquillados nos rodeaban mirándonos con rostros severos e impasibles... me incorporé atemorizado, recuperé mis ropas del suelo y me las vestí torpemente mientras uno de los hombres con aspecto de hechicero levantaba a la mujer que yacía todavía desnuda en el suelo...

Una vez vestido, sin intentar huir, introduje la mano en el bolsillo buscando ávidamente mi piedra. La primera en hablar fue la mujer. Lo hizo en un idioma totalmente incomprensible y gesticulaba señalando la mano en la que yo sujetaba la piedra en el interior de mi zamarra. El hombre con aspecto de hechicero me hizo una seña con su lanza y entonces saqué mi piedra. El hechicero se aproximó para observarla y al hacerlo, su actitud hostil se convirtió en una sonrisa de amistad. Los demás indígenas se relajaron también y se acercaron con aspecto más tranquilizador... con gestos me indicaron que los siguiera, lo que hice confiado.

Llegamos a un poblado de chozas redondas de caña y barro. En el centro había una hoguera alrededor de la cual comían o danzaban unos cuarenta indios. El hechicero soltó una especie de discurso en aquel difícil idioma y pronto se acercaron a mi varios hombres y mujeres con recipientes de una extraña bebida muy agradable. El jefe me recibió efusivamente y me hizo sentarme a su lado, y comí y bebí hasta hartarme...

(con la música de YES)

Aquella noche dormí en una de las chozas. Y no sé si fue el sueño o el efecto alucinante de aquella bebida, pero por mi mente desfilaban desconocidos mundos con árboles de todos los colores y animales inauditos que retozaban entre seres cuyo rostro desprendía serenidad y calma... mundos diversos donde todo el tiempo era para sentir, vivir y hacer el amor: mundos donde íbamos de un lado a otro con grandes saltos por el aire, casi sin fuerza de gravedad. Y alargando los brazos, cogíamos hermosos frutos de los árboles; frutos de miles de sabores distintos y agradables... niños puros jugaban desnudos, revolcándose entre las flores en prados de colores rojos y azules... pájaros voladores nos transportaban por encima de lagos resplandecientes y cientos de hombres tocaban instrumentos desconocidos bajo la luz de varias lunas de fuertes tonos...

Por la mañana nadábamos en aguas frescas y transparentes, jugando con mujeres de piel pálida y ojos iluminados.. por la noche se abrían en el cielo largos pasillos de estrellas por donde pasábamos a velocidades cósmicas, y vivíamos en los pétalos de flores gigantes, y bebíamos el agua de la lluvia, y encendíamos hogueras bajo las majestuosas tormentas que poblaban el cielo de millones de colores antes no imaginables. Y todo el tiempo era un éxtasis eterno de intensidad y de amor... en mundos donde la muerte era luz y la vida era un sueño de embriaguez... unos mundos donde cada uno de nosotros era dios...

(fin música de Yes)

Me desperté sobresaltado, y fumé uno de los últimos cigarros que me quedaban recordando el agradable sueño que acababa de tener. Luego me tumbé otra vez, pero no podía dormir, y decidí salir de la choza un rato. La hoguera estaba tenuemente iluminada por las brasas que aún quedaban y me senté cerca de ella. Entre la oscuridad vi la figura de uno de los centinelas de la tribu que me observaba. Cuando se dio cuenta de que yo no intentaba ninguna acción sospechosa, volvió la vista, mirándome solo de vez en cuando... Encendí otro cigarro y me entretuve mirando al cielo despejado, en el que parecía haber muchas mas estrellas que nunca. La luna abanicaba al mundo con su luz pálida, casi en plenilunio. Debía ser medianoche... en aquel momento noté un pequeño golpe en mi pierna desnuda. Parecía producido por algún guijarro lanzado desde algún lugar. Miré alrededor pero nada extraño observé. Al rato, me olvidé y seguí contemplando el cielo (*con la música de Klaus Schulze*). De nuevo algo me golpeó; esta vez en el pecho, y pude ver que un guijarro rebotaba y caía en la hoguera provocando unas chispas en ella... miré rápidamente en torno y por fin noté una sombra arrodillada junto a una cabaña que me hacía señas con una mano. Y era el brillo de su pulsera lo que me había hecho reparar en ella en medio de la oscuridad. Observé al centinela; este no miraba. Y entonces, me dirigí silenciosamente hacia la sombra, que se trataba de la mujer que conocí en el puesto de atracción. Su belleza parecía aumentar en la oscuridad... con otra señal me indicó que la siguiese y luego. Se volvió para avanzar a gatas por la tierra fría. Yo la seguí procurando hacer el menor ruido posible. Pasamos tan cerca de un centinela que en un momento pensé que era aliado de la mujer, pues a pesar de un ruido seco que metí al golpear una piedra con el pie, este se volvió y luego pareció disimular como si no nos hubiera visto y dirigió su mirada al frente... seguimos avanzando a gatas unas decenas de metros y luego ella se incorporó para continuar corriendo. Ella se detenía de vez en cuando, pues yo, en la oscuridad, me tropezaba a menudo. pero siempre mantenía una distancia conmigo, brincando con su ágil y estilizado cuerpo...

Por fin llegamos a la entrada de una cueva que se hallaba en la falda de un monte, y allí se detuvo. Se dio la vuelta y yo llegué hasta ella. Levantó entonces sus manos hacia mí y noté sus dedos fríos, en la frente. Deslizó sus manos hasta mis mejillas y desde allí a mi pelo... sus ojos eran un agujero al espacio infinito y mis manos la abrazaron recorriendo su espalda de fuego y hielo en un abrazo poblado de bendiciones eternas. Y mis labios estallaron de intensidad con los suyos y luego caímos sobre la hierba. Y la luna se introdujo en las entrañas de la tierra usando mi cuerpo y el suyo. y todas las sombras y luces de la noche parecían cantar y reventar en nuestros oídos y nuestros rostros reflejaban una a una todas las hecatombes universales en aquel acto de amor, y mi alma reventó dejando todos sus secretos en la noche...

(con la música de YES "Going to the one")

Permanecimos abrazados en el suelo no sé cuanto tiempo. Luego, ella incorporándose, me besó por última vez y me hizo seguirla al interior de la cueva... nos internamos de la mano en medio de una oscuridad enorme hasta que, en uno de los costados del túnel, distinguí un extraño resplandor... avanzamos hacia él y llegamos a una pequeña abertura en la roca. Ella, siempre tirando de mi mano, me hizo entrar, y entonces nos encontramos en una bóveda. En el centro había una misteriosa hoguera con fuego de color verde. Humo azul ascendía hacia un agujero del techo que posiblemente daba al exterior... En un segundo golpe de vista descubrí tras la hoguera a un anciano de pelo canoso que me miraba profundamente, sentado detrás de la verde hoguera. Me sentí cohibido y violento ante el enorme silencio y la mirada escrutinadora del viejo. Por fortuna, la india habló, tras una breve reverencia, rompiendo así el molesto mutismo; sus palabras hicieron que el viejo sonriera y nos invitase a sentarnos; lo hicimos formando un triángulo cuyo centro era la hoguera. Entonces el anciano extendió sus manos y yo comencé a percibir extrañas imágenes en las llamas verdes... Él usaba el fuego para traducirme sus palabras, haciendo una pantalla en la hoguera. Me explicó entonces que el jefe de la tribu consideraba a los que encontraban una de aquellas piedras negras como elegidos de los dioses; y por tanto, quería retenerlos siempre junto a él, pues quería conseguir de ellos vida eterna, cosa que nadie podía darle en la dimensión humana, pues la vida en esta dimensión no era sino una continua forma de ir muriendo, para ir dejando paso a la vida nueva, en una cadena cósmica. Sin embargo, todos los poseedores de piedras, (siete en aquel poblado), sabían que tenían que marchar hacia una ciudad de la montaña que habían visto en sueños; (la pantalla que formaban las llamas reprodujeron entonces en verde y negro, lo que yo identifiqué como Machu-Pichu). Para emprender aquel viaje habían decidido huir la noche del día siguiente, pues según las revelaciones que ellos habían tenido, aquella era la noche en la que la posición y fase de la luna, coincidiría con la de los sueños, y entonces había

que partir para el encuentro con los dioses... Apareció en el fuego el lugar donde nos teníamos que reunir la noche próxima. Se trataba del altar redondo donde estaba la piedra grande del anciano. La hora elegida era medianoche. A continuación, desfilaron en la pantalla de fuego los rostros de los siete elegidos de aquella tribu, entre los que se encontraban el viejo, la mujer y el centinela que había disimulado cuando salíamos del campamento.

Luego las llamas recuperaron las formas habituales y yo sonreí al anciano para que supiese que había comprendido el mensaje. Entonces, la mujer se levantó y regresamos al poblado, y esta vez, el vigía ni siquiera se enteró de nuestro paso.

(música de Klaus Schulze y Tangerine dream)

Al día siguiente me despertaron temprano, pues el jefe quería que yo participase en una cacería. Me quede sorprendido por la habilidad de aquellos hombres moviéndose por la selva. Parecían realmente ser parte integrante de ella. (En verdad lo eran; Si la civilización aplastaba la selva, les aplastaba a ellos.

La cacería tuvo mucho éxito y por ello se preparó una gran fiesta en mi honor, pues los indígenas creían que yo les había traído la buena suerte...

Los cazadores nos bañamos en el río mientras preparaban la comida con nuestra caza. Sin embargo, no eran las mujeres las que cocinaban, sino los hombres que no habían salido en la partida; pues al parecer, las mujeres de aquella tribu solo cocinaban en las ceremonias mortuorias de algún miembro de la tribu, debía ser una tradición suya.

Y, en la comida, se presentó el problema: al parecer, por el éxito de la cacería el jefe del poblado quería que yo desposase a una de sus hijas, y esta resultó ser la india que tanto había tenido que ver conmigo. Según logré comprender tras muchas explicaciones y gestos, el padre de la que se iba a desposar, tenía que desvirgar a la novia la noche anterior al matrimonio, también según sus tradiciones, y la ceremonia nupcial debía efectuarse al día siguiente. De modo que esa noche, que era en la que teníamos que partir, el asqueroso granuja del jefe iba a acostarse con su hija, a la que por otra parte, yo había desvirgado ya, pues había hecho el amor dos veces: la primera de ellas en trance, y esto posiblemente le trajera problemas a ella, al darse cuenta el viejo de que no era virgen. Había que pensar un plan y actuar yo solo, ya que, aunque conocía a los que tenían que partir, no sabía como diablos comunicarme con ellos. Así que me puse a pensar rápidamente como salir de aquel apuro...

La hora de reunión debía ser por la madrugada, pues recordaba la posición de la luna en la pantalla de fuego y estaba mas avanzada hacia el horizonte que cuando salí a sentarme en la hoguera la noche anterior, pues entonces la luna estaba en lo mas alto del cielo y era medianoche. Si intentaba algo antes de las doce a los guerreros no les costaría nada encontrarnos en el punto de cita. Pues habrían tenido tiempo suficiente. Y tampoco quería dejar a aquella mujer allí, ya que, en realidad, sentía algo intenso por ella. había que secuestrarla entonces sin causar alarma...

El resto de la tarde la pasaron preparando los adornos y todos los detalles para la ceremonia nupcial del día siguiente. Yo ni si quiera sabía si habría vigilancia extraordinaria en la tienda del jefe aquella noche. Normalmente, solo había dos centinelas en la puerta. cuando llegó el atardecer, todavía no tenía pensado ningún plan...

Aquella noche se realizaron ceremonias durante la cena: cerca de la hoguera prepararon un cuenco hecho con algún árbol enorme en el cual cabía perfectamente una persona y lo fueron llenando con agua templada en la que habían hervido unas hojas que desprendían un perfume muy agradable. Y pude ver cómo, entre cánticos y danzas al son de tambores de troncos huecos, introducían en aquel baño perfumado a la mujer que yo tenía que desposar, Krinta, había oído que era su nombre, y tuvo que estar allí sumergida con el agua hasta el cuello mientras los hechiceros bailaban y gritaban a su alrededor, golpeando el baño con ramas de hevea... Debía tratarse de un acto de purificación que se realizaba en víspera de las ceremonias nupciales, en todas las mujeres de aquella tribu...

Se repartieron cuencos llenos de aquel brebaje que producía alucinaciones y todos bebían sin freno, pero yo no quería hacerlo pues me dejaría fuera de combate...

Estaba sentado con mi cuenco lleno al lado cuando noté que alguien a mi espalda vertía el contenido al suelo volteando el cuenco con los dedos del pie que había estirado hacia delante con disimulo. Me volví y reconocí a uno de los elegidos que, con un gesto, me indicó que no tenía que beber. Hice un signo de asentimiento y luego busqué con la mirada a los demás elegidos con los que tenia que huir; ninguno de ellos estaba bebiendo una sola gota... no era una droga muy fuerte, pero si el jefe bebía demasiado, todo seria más fácil...

El único plan que se me había ocurrido era prender fuego a alguna de las chozas, para así desviar la atención de los indígenas mientras me apoderase de Krinta. Si el fuego durase suficiente, nadie se percataría de nuestra ausencia hasta que fuese

demasiado tarde. Confiaba en que, al oír el barullo, el jefe saldría de la tienda sin preocuparse de Krinta, pero este no dejaba de ser un plan temerario, con pocas posibilidades de éxito...

Mientras todos bailaban y comían cada vez más trastornados, yo aproveché para sacar mi mochila preparada y dejarla escondida entre la maleza que rodeaba al camino por donde huiríamos. Había observado que el menjunje aquel que bebían, ardía con cierta facilidad, por lo que, al regresar, cogí un cuenco y lo llené del caldero de donde seguían bebiendo hombres y mujeres, y luego esparcí todo el líquido por la paja de la tienda que había elegido para incendiar. Iba a repetir la operación dos veces más, pero la segunda casi me descubren, por lo que no tuve ocasión de hacerlo, incluso tuve que beber un poco para disimular...

Entretanto ya habían sacado a Krinta del baño y tapándola con una túnica preciosa, la acompañaron varias mujeres hasta la choza del jefe. Este, se había pasado un tanto bebiendo y reía con atronadoras carcajadas que parecían el sonido de un tronco hueco más, como los que venían tocando toda la noche los encargados de ello... Yo estaba cada vez más nervioso, sólo disponía de un mechero y una navaja y no sabía si podría encender el fuego sin ser visto, y quizás, los centinelas de la choza del jefe no se moviesen de sus puestos a pesar del lío...

La fiesta terminaba lentamente, a medida que el número de danzantes disminuía y los indios se iban a las chozas tambaleándose... El jefe pidió cinco centinelas voluntarios y ahí mejoró mucho la situación, pues se ofrecieron los cinco hombres que tenían que huir conmigo, o sea, los que poseían piedras como la mía. Sin embargo, se ofreció también un sexto que no tenía nada que ver con nuestro asunto. Por fortuna, el jefe lo rechazó, pues lejos de sospechar nada extraño, se sentía contento de que aquellos cinco elegidos fuesen los que le custodiasen aquella noche especial.

Todo esto me tranquilizó, pues mientras yo me había devanado los sesos buscando una solución, ellos lo habían hecho también por su parte. Lo difícil entonces era no dejar suficiente tiempo al jefe para consumir el acto sexual. Me imaginé que Krinta intentaría retrasarlo lo más posible.

Me metí en la choza donde los que la compartían conmigo estaban tumbados, totalmente pasados al séptimo cielo... Desde la entrada estuve observando, evitando la luz de la hoguera; cuando todo se hubo calmado, salí temblando de excitación. Nadie se fijaba en mí. Algunos hombres y mujeres dormían o hacían el amor junto a la hoguera, me dirigí cautelosamente hacia la tienda del jefe... Los centinelas me reconocieron y

me hicieron señas... cuando vieron mi navaja hicieron gestos de rechazo: Ellos no querían herir al jefe. Propuse, a base de gestos, amordazarlo y atarlo y entonces estuvieron discutiendo entre ellos. De fondo se escuchaba el ritmo de unos cuatro tambores que algunos tocaban en estado de trance, sin percibir nada de lo que sucedía a su alrededor que no tuviera que ver con el viaje sonoro de sus troncos huecos... como seguían discutiendo, les propuse mi plan del fuego, pero lo rechazaron, pues además, ahora estarían ya dormidos en el interior de las chozas.

El tiempo pasaba peligrosamente y ellos no sabían que Krinta no era virgen y que el jefe podría descubrirlo de un momento a otro... Observé que uno de los hombres llevaba en la cintura unos metros de liana estrecha que en la tribu se usaba como cuerda por su flexibilidad. Entonces arranqué una manga de camisa para usarla como mordaza, e indiqué al de la liana y a otro que entrasen conmigo. Accedieron por fin y entre violentamente en la choza seguido de ellos... recorrí rápidamente el interior con la mirada; en un rincón estaba Krinta sentada, y a su lado yacía el jefe muerto o dormido... Krinta se levantó sonriendo y nos mostró algo en su mano; era un dardo de cerbatana. Nos enseñó una marca en la pierna de su padre: al parecer, ella tampoco había perdido el tiempo y había clavado al viejo algún líquido adormecedor que lo había dejado fuera de combate para toda la noche. Es curioso como los acontecimientos fluyen por si solos y, muchas veces, nos atormentamos buscando soluciones a problemas que luego ya se han solucionado...

Salimos del poblado sin más problemas y en el camino recogí mi mochila, el punto de reunión era precisamente aquel en donde se encontraba el altar con la gran piedra negra. Esta pertenecía al anciano de la cueva el cual llegó a la hora convenida y envolvió la piedra en unas pieles que colgó de su hombro... Pronto llegamos hasta el río donde una gran piragua negra nos esperaba. Esto me sorprendió, pues tenían entendido que los indios del Amazonas no usaban ese tipo de embarcación. En ella navegamos toda la noche remando fuerte y agotadoramente hasta el amanecer.

Viajamos tres días más, comiendo pescados y frutos que hallábamos en tierra cerca de la orilla. El idioma que hablaban ya no me parecía tan impenetrable. entendía algunas conversaciones sencillas y ya articulaba alguna que otra palabra.

La cuarta noche observamos que la luna llena estaba al llegar. Ellos tenían miedo de las crecidas y decidieron abandonar la piragua al día siguiente. Nos dormimos junto a la hoguera y yo tuve que taparme la cara para evitar a unos mosquitos enormes que parecía que solo me atacaban a mí.

Al amanecer nos dirigimos de regreso al río. Avanzábamos por la vegetación gigante apartando las ramas con palos y machetes. Yo iba el último. De pronto, observé entre las malezas una serpiente marrón y verde que nos miraba pasar totalmente inmóvil a la altura de nuestras cabezas. El miedo me cortó el habla y entonces el reptil se sacudió; note en mi cuello un dolor horrible y soltando un gemido caí mientras mis ojos quemaban con un escozor gris...

... recuperé el conocimiento sintiendo unas punzadas agudas en el cuello. Me encontré tumbado encima de una cortina de hojas verdes que alguien había preparado. Uno de los hombres acababa de hacer un corte en cruz con un cuchillo en el lugar donde la serpiente había introducido el veneno, y otro de los hombres preparaba en el suelo un emplasto de barro con hojas y un líquido que los demás extraían de unas flores que había próximas. Luego me lo ataron al cuello con un cordón que habían hecho usando los nervios de unas hojas similares a las que había bajo mi cuerpo, al que habían desnudado por completo... noté en mi tripa una sensación extraña y vi que en ella había unos pinchos clavados, haciendo un dibujo que me resultaba familiar... luego cogieron mis cosas y a mi y me transportaron hasta la canoa... Nada más partir, Krinta me dio a beber un líquido amargo que no vi de donde lo había sacado.

Cuando llevábamos una hora de camino yo ya estaba perfectamente curado y la fiebre que me quemaba la cabeza había desaparecido. Mas tarde, vi en el suelo de la piragua el cadáver de la serpiente totalmente rajado, de alguna de sus vísceras había sacado krinta el líquido que me había dado a beber...

A media mañana llegamos a una orilla sin árboles. En ella había atadas un montón de embarcaciones indígenas distintas. En tierra un gran grupo de indios de varios aspectos y vestiduras bailaban alrededor de una piedra cuadrada, tallada perfectamente y de un color desconocido que no puedo comparar con ninguno de los del espectro. Krinta había terminado de arrancar los pinchos de mi vientre y me vestí antes de desembarcar, al hacerlo, nos rodearon un grupo de niños, hombres y mujeres y con ellos fuimos hasta la piedra cuadrada donde, maravillado, contemplé el dibujo que había en ella grabado, que no era otro que el que había en cada una de nuestras piedras... y es más: el dibujo que hacían las marcas de los pinchos que clavaron en mi tripa, era exactamente el mismo...

Los indios me observaban con curiosidad al principio dado mi aspecto extraño para ellos. Luego comimos y me explicaron que, según las revelaciones que habían tenido los hombres de aquellas tribus, aquel lugar era donde tendríamos que esperar nuevas instrucciones de los dioses. Los de mi tribu expresaron su inquietud por la

seguridad de aquel sitio, pues la crecida del río podría arrasar toda esa orilla, y aquella noche tocaba luna. Sin embargo, todos insistieron en que aquel era el lugar y el día, según los mensajes que ellos habían recibido, y la prueba de que estaban en lo cierto era la extraña piedra tallada, así que decidimos quedarnos esperando que lo que fuese a suceder ocurriera antes de la terrible crecida de plenilunio...

Esa tarde, después de dormir un rato, el sol luminoso me despertó, mi piel estaba ardiendo y observé que varios hombres, mujeres y niños (había muchos niños), jugaban y chapoteaban a la orilla del río. Mis ojos miraron alrededor y se encontraron con los de Krinta.

(párrafo grabado en cinta sobre música de Tangerine Dream)

Ella me miraba con una sonrisa maravillosa en sus labios y acercándose me hizo quitarme la ropa. Iba a abrazarla y entonces ella riendo y jugando me agarra de la mano y juntos, fuimos corriendo a toda velocidad hasta caer en confusión en las frescas aguas del río...

Estuvimos chapoteando y nadando largo rato en las aguas claras. Era una tarde maravillosa... por fin ella se acercó poco a poco al borde, hasta que el agua le llegó hasta las rodillas. Con sus manos, echó lentamente su largo cabello mojado hacia atrás, y se quedó quieta, atravesándome con su mirada hasta la médula. Sus ojos irradiaban un fuego hechicero. De pronto sentí una sensación como si por primera vez hubiese visto su cuerpo. El agua pegada a su piel, hacia de ella un espejo ocre, donde se reflejaba el río, el sol y los árboles... Lentamente me acerqué hacia ella, como si me acercara a una diosa... y ella se volvió toda hacia mí, y nos entregamos a un abrazo, en el cual todas mis ansias iban fluyendo y saliendo de mi como vaciando mi cuerpo y mi espíritu... y entonces caímos al suelo como dos salvajes en un bosque de mil caricias... y estuvimos largo tiempo fundiéndonos... en una de esas tardes por las cuales cambiarías el resto de tu vida, y el sol comenzó a ocultarse tras unas nubes rojas que se movían majestuosamente, como sin prisa, como si fueran las primeras notas de una larga sinfonía . . . tras esas nubes había otras de mayor altura y distinta tonalidad, que al desplazarse mucho más lentamente todavía, parecían nadar contra corriente de todas las demás...

Krinta y yo nos sentamos en la orilla, muy juntos, y recostando la cabeza en un matorral, nos quedamos contemplando el espectáculo más maravilloso del mundo: la puesta de sol...

La oscuridad de la noche nos hizo despertar a una realidad tan fabulosa también que parecía un sueño nuevo... Aquella noche, la luna asomó su cara pálida y resplandeciente, para mirarnos de lleno. Era tan grande que parecía que la cara oculta se había sumado al resto en un anillo para mostrar de una vez todos sus secretos... Era la luna más grande que había visto en la vida, y realmente iluminaba todo en azul, como si al sol le hubiesen puesto un filtro de ese tono tan hermoso...

(fin grabación)

Los hombres preparaban una hoguera y sus siluetas eran recortadas por la luna mientras iban de un lado a otro. El cielo se iba llenando de estrellas grandes y brillantes. Miles y millones poblaban el cielo en aquella noche despejada. Realmente era ridículo pensar que estábamos solos en el firmamento.. Krinta y yo observamos algunos astros fugaces y sentíamos la sensación de que ellos podían vernos también a nosotros...

La hoguera se encendió delante de la piedra cuadraba, la cual para nuestro asombro, había adquirido una luminosidad fosforescente que aumentaba a medida que entraba la noche...

Los indios habían improvisado un asador en la hoguera y en él habían ensartado los cuerpos de algunos animales que no logré identificar, y pronto, estuvimos todos comiendo sentados alrededor del fuego.

La luna se iba elevando... la piedra se iluminaba cada vez más; las aguas del río se agitaban, la corriente iba cogiendo velocidad y la inquietud de todos aumentaba... como en una suplica religiosa, los hombres comenzaron a cantar mirando al firmamento. De pronto, un indio que había apoyado su oreja en la tierra, se incorporó gritando algo con espanto. se hizo un silencio sepulcral y pronto me enteré de lo que sucedía; El indio había escuchado en el suelo el fragor de las aguas que avanzaban en una ola gigante arrasando todo a su paso. La crecida de plenilunio estaba a algunas millas y no tardaría demasiado tiempo en arrollarnos. Los indios comenzaron a chillar entre ellos inquietos, corriendo de un lado a otro. Krinta y yo permanecemos en silencio ocultando nuestros temores y mirando con esperanza a la piedra que ahora iluminaba más que la hoguera. Unos minutos mas tarde, el murmullo de las aguas era ya audible sin necesidad de acoplar el oído a la tierra. Algunos animales de la selva atravesaban el descampado huyendo a toda velocidad. Krinta y yo nos levantamos intranquilos y nos abrazamos con temor. En aquel momento desesperado, unos sonidos como cuando se agita con fuerza un palo en él aire, comenzaron a oírse en la piedra iluminada. De pronto salieron

de ella unos haces de rayos potentísimos, parecidos al láser y se proyectaron en el firmamento describiendo rápidas curvas y dibujos cósmicos, hasta formar en el cielo los signos conocidos que todos teníamos en nuestras piedras, y quedó ese dibujo como si él vació fuera una pantalla, iluminándose de forma intermitente...

Estábamos todos mirando a lo alto maravillados, cuando observamos que una de las estrellas tenía el mismo inexplicable color que la piedra cuadrada, la cual parecía ahora una señal de referencia para lo desconocido...

La estrella iba desplazándose lentamente y haciéndose más grande. Pronto sospeché que se trataba de una nave espacial: solté un grito involuntario sintiendo una profunda emoción; los demás también gritaban, para ellos, aquello era un emisario; una señal de los dioses, de aquellos dioses que posiblemente visitaron a sus antepasados, y a los que habían venido adorando como al espíritu de la tierra...

Lo que sucedió después no se como narrarlo... fueron unas sensaciones tan distintas a las conocidas, que espero que los que me leáis soltéis vuestra imaginación hacia los abismos de lo inconmensurable para sentir algo parecido...

Todo el paisaje visible se iluminó con esa luz indescriptible y los árboles se sacudían rabiosamente emitiendo chirridos... el suelo y nosotros comenzamos a vibrar al unísono sin despegarnos de la tierra a pesar del temblor... una nave luminosa que emitía sonidos como de música electrónica bajó, posándose encima de la piedra cuadrada que encajó perfectamente en el centro de su base... Una parte de la nave se hizo más luminosa como si algo se hubiera abierto en ella y la vibración cesó bastante; entonces se escuchó un sonido agudo que tenía la propiedad de tranquilizarte y avanzamos todos hacia la luz. De pronto, una fuerza extraña, insospechada, fue atrayendo violentamente a cada uno de nosotros que íbamos desapareciendo en el interior como arrebatados por un huracán. Pero cuando faltábamos unos diez, este proceso de abordaje cesó; se oyó un nuevo sonido y unos rayos luminosos se dirigieron hacia diversos puntos del suelo... Enseguida noté lo que sucedía; no podíamos embarcar en la nave porque no llevábamos las piedras con nosotros. Los rayos iluminaban precisamente a los lugares donde estas se hallaban. Concretamente uno de ellos iluminaba la mochila donde estaba mi piedra guardada. Rápidamente nos precipitamos cada uno a por la nuestra y los rayos cesaron. Se volvió a oír el mismo sonido electrónico de antes que ahora se confundía con el estruendo de las aguas que estaban a punto de llegar a nosotros. Sentí una luz cegadora y una ráfaga como de viento magnético; cuando recuperé la vista estábamos todos en una sala extraña. Ante

nosotros, unos cristales o pantallas nos dejaban ver el exterior; las aguas arrasaban todo...

Nos encontrábamos en una sala de suelo y techo rectangulares, pero sus paredes estaban divididas en dos planos que hacían ángulo hacia afuera. La pared superior estaba llena de luces y pantallas donde aparecían ejes de coordenadas y otros dibujos cósmicos cambiantes... una de las paredes superiores, me imagino que la frontal, era la que tenía tres grandes pantallas que la ocupaban toda. El plano inferior de las paredes era sin embargo una superficie lisa que, medio metro antes que el suelo, tenía una especie de hendiduras donde se podía sentar una persona. Habría unos cien asientos distribuidos en las tres paredes que carecían de las pantallas gigantes; o sea, la pared derecha, la izquierda y la posterior.

Busqué ávidamente a Krinta y nos encontramos de frente, pues ella también me buscaba. Se abrazó a mí y me dijo algo que no oí, pues aunque sólo había en la sala un tenue zumbido, alguna fuerza desconocida anulaba el sonido de nuestras gargantas, como si el espectro auditivo de nuestros oídos se hubiera trasladado hacia arriba o hacia abajo en la escala de vibraciones por segundo. Esto lo confirmé enseguida, pues oía sonidos del cuerpo como el movimiento de los brazos y el cuello y otros sonidos físicos imperceptibles en estado normal, además, veíamos como a través de filtros que cambiaban poco a poco de color...

Contemplamos unos momentos más el espectáculo asombroso que emitían las tres pantallas: las aguas pasaban alrededor de la nave, cubriéndola a varios metros de altura. Unos metros antes de chocar con la nave, las aguas se abrían como si un brazo invisible las separase. Y los árboles que la corriente arrastraba golpeaban la banda magnética y resbalaban hacia los lados... en esto, el zumbido cambió de intensidad y la mayoría caímos al suelo. No podíamos levantarnos, pues volvíamos a perder el equilibrio. hasta que observamos que los que se sentaban en los asientos extraños, se mantenían bien. Así que fuimos gateando y cayéndonos unos encima de otros, hasta los asientos de las paredes. Krikta y yo conseguimos sentarnos al lado. Una vez seguros en aquellos huecos que te mantenían en equilibrio, volvimos a fijarnos en las pantallas: un espectáculo maravilloso se abría ante nuestros ojos:

(el párrafo que comienza ahora, semejante a un viaje bajo los efectos de un alucinógeno, es la transcripción de una grabación en cinta sobre la música de Yes y Tangerine Dream. He preferido escribirlo como estaba: en tiempo presente.)(el autor)

Rayos recorren el firmamento formando en sus puntas unas flechas de cinco cabezas luminosas semejantes a los patos migratorios... los montes de abajo parecen saltar como si tuvieran vida y bailasen... las nubes cambian de color a toda velocidad: es de día...

Las nubes se tornan rojas, verdes, como si navegásemos por encima de la velocidad de la luz. De pronto, nos internamos bajo la tierra, como si esta fuese líquida... avanzamos por largas rutas llenas de oscuridad que atraviesan cuevas iluminadas también de diferentes colores... hay grandes cascadas en su interior... vamos como por un largo túnel que atraviesa galerías, muy seguidas una de otra, y las pasamos a tanta velocidad, que no puede uno ni fijarse en lo que hay allí, solo vemos luces, agua e increíbles géiseres... luego salimos al cielo otra vez...

Vamos por encima de hermosos paisajes, de montañas nevadas... ahora las montañas se vuelven verdes otra vez, pero son muy puntiagudas... desaparecen de la vista y seguimos por el aire, subiendo de nuevo... llegamos ahora a una región donde todas las cosas son blancas, no por la nieve, sino porque todo tiene ese color: las flores, los árboles, el agua de los ríos: todos los seres que se mueven ahí abajo son blancos, aunque conservan las formas y aspectos naturales... llegamos a otra zona que estaba toda cubierta de nubes. Todo, arriba y abajo es ahora gris. incluso el mar. Pasamos siguiendo la línea de la costa en la pantalla central. Nuestros ojos ya se han acostumbrado a ese color: ¡todo es gris! Seguimos avanzando encima de playas grises y acantilados a toda velocidad. De repente, una luz en el cielo por encima del mar, nos deja alucinados: existe un punto donde las nubes han hecho un hueco. Por él, penetran los rayos del sol con toda su luminosidad. al chocar con las aguas del mar, se convierten en relámpagos que brillan en diez mil colores proyectándose hacia arriba, yéndose a chocar con las nubes grises en las que se dibujan toda clase de formas cósmicas y divinas...

Ahora pasamos por encima de un bosque, y en él existen cientos y cientos de claros, en cada uno de los cuales hay un montón de figuras que danzan alrededor de hogueras. En cada claro del bosque, los vestidos de los danzantes son de distinto color y forma. Además en ningún momento dejamos de percibir olores intensos. descubrí que los colores tenían olor...

En este momento nos despegamos de la tierra y vamos por el firmamento acelerando violentamente; cruzándonos con asteroides y planetas de todos los tamaños... ¡es un viaje maravilloso!. Las pequeñas pantallas de las paredes laterales retransmiten también las imágenes del exterior como si fueran ventanas en las cuales se

ven pasar las luces de enormes mundos a una velocidad de vértigo.. En la sala hay ahora una música plurifonica que sale de todos los lados, y que a mí me recuerda a la música electrónica de Tangerine Dream. Las estrellas pasan muy junto a nosotros. Muchas veces parece que nos las vamos a tragar. Ahora navegamos por una desértica zona de azul intenso en la cual se divisan luces, pero muy lejanas que pasan alrededor de nosotros... la zona que atravesamos ahora es roja y las luces siguen viéndose a lo lejos con una tonalidad amarillenta pasando a gran velocidad, envolviéndonos...

Luego la velocidad disminuye y nos acercamos a un planeta azul mas tarde yo lo reconozco: es la tierra... bajamos a una región de montes verdes y altos. Hay una deceleración muy grande; la música espacial cesa y vuelven las vibraciones lentas, suaves y tranquilizantes. En una cumbre verde creo distinguir una ciudad, o mejor dicho, los restos de ella: es... ¡Machu-Pichu! .

Las tres grandes pantallas se apagan y las laterales emiten otra vez rayas, dibujos cósmicos y coordenadas... se escucha la misma vibración que cuando habíamos despegado...

(fin de la grabación, continua en tiempo pasado)

Una fuerza nos hizo caer de los asientos. Entendimos que el viaje había terminado y me apresuré a coger mi mochila que había estado resbalando de un lado a otro durante el trayecto. Una luz intensa me cegó y sentí la misma sensación como si un brazo de viento me arrebatase del suelo, y luego ese cosquilleo en la tripa característico de cuando se cambia bruscamente de rasante en un automóvil... recuperé la vista justo a tiempo para ver un disco luminoso que empequeñecía en el cielo... una voz cantarina y pura me sacó del ensueño: era Krinta...

Todo aquello había sido maravilloso; algo que nunca había podido imaginar, algo con lo que siempre había soñado; pero la voz clara y terrena de Krinta y luego su mirada profunda y ancestral, como mil generaciones, vieja como el mundo, me sonó deliciosa y deseable... nos abrazamos y miramos alrededor: cerca había un río plateado que bordeaba lentamente las montañas gigantes de aquella parte del Perú. Pájaros de colores revoloteaban por los frondosos árboles y las nubes dejaban ver el cielo azul, pegadas a los montes como algodón de caramelo. Verdaderamente el mundo era mi patria y los árboles mi pueblo. Todavía quedaban lugares puros en mi maltratada tierra. y podía morir de viejo con Krinta sin que las maquinas llegaran a destruirnos todavía. Por que cambiar los cientos de atardeceres que aun nos quedaban para sentarnos en la hierba pura con la frente serena de Krinta apoyada en mi hombro y los niños jugando

frente a nosotros. ¿ Por que cambiar las risas y llantos, las alegrías y las desgracias por aquellos mundos desconocidos donde quizás todo era un sueño eterno?. ¿No sería eso lo mismo que la muerte?. ¿No era preferible, después de conocer nuestra cósmica naturaleza humana; nuestra energía interior eterna, ¿no era preferible quedarse en estos cuerpos de tierra y agua hasta que estos se pudriesen para convertirse en nuevas formas de vida? ¿Acaso no formábamos nosotros parte, al igual que nuestros antepasados, de una fuerza universal, de un inconsciente colectivo? ¿O éramos simples marionetas en manos de inteligencias estelares desconocidas?

Krinta y los demás me sacaron de esas reflexiones pues caminaban ya hacia una alta montaña siguiendo el curso del río.

Tardamos un día en llegar a la cumbre. Caminaba de la mano de Krinta y mi cabeza daba vueltas sin parar en un mar de dudas. Recordaba las experiencias de algunas personas clínicamente muertas que habían visto antes de recuperar la consciencia cierto ser-luz que les mostraba lo que había sido su vida. ¿No era la muerte el paso a otra dimensión?. ¿ Por que huir ahora?.

Al fin llegamos a un camino por donde ascendía gente de todos los tipos y razas. Gente venida de todas las partes del mundo para la fiesta del sol.

Cuando llegamos a Machu-Pichu, había miles de personas: hechiceros, magos, brujos, hippies, turistas, curiosos y aventureros. En todo aquel enjambre reconocí un idioma hartó familiar: el Euskera. Me acerqué al grupo que lo hablaba. Eran unos jóvenes de Bermeo, allá en Euskadi, que se sorprendieron mucho de que yo procediese de Guipúzcoa, pues mi aspecto físico había cambiado mucho en la selva. No les hablé demasiado de mí para que ellos me contasen cosas de mi pueblo. Me informaron de la situación económica y política del país, al parecer cada vez mas jodida, además, estaban construyendo varias centrales nucleares en varios puntos de la costa. Bilbao había sido evacuado ya dos veces debido a la contaminación. El país era cada vez más inhabitable...

Aquella noche lloré por Euskadi y decidí no regresar nunca, pues no resistiría aquel genocidio y ecocidio bestial al que se había llevado a mi país. Dormimos como pudimos en el suelo entre la muchedumbre. Al día siguiente era la fiesta del sol, la fiesta de los incas; otra raza destruida cultural y físicamente por los españoles y la civilización.

Comenzó a clarear sin una nube, como correspondía a un día como aquel. Y la gente se arremolinaba frente al templo donde estaba la piedra sagrada. Krinta y yo nos sentamos juntos con nuestras piedras en la mano y entonces me dijo que tenía miedo, que quería estar conmigo siempre. Yo miraba alrededor: había mucha gente y niños con piedras como nosotros...

La claridad aumentaba y el sol estaba a punto de salir. Yo miraba de vez en cuando el paisaje maravilloso que se divisaba y la cara terrestre y preciosa de mi serena compañera, y mi mente, aumentaba su velocidad.

De pronto los primeros rayos del sol aparecieron desde el horizonte y la parte mas elevada de la ciudad se fue iluminando rojizamente. El hecho que solamente sucedía una vez cada mil años, estaba a punto de ocurrir delante de nuestros ojos: Machu-Pichu, los incas, el contacto salvaje con los dioses, lo desconocido... mi mente era una tormenta de sensaciones e impulsos...

De repente los primeros rayos se colaron por la puerta del templo y fueron iluminando poco a poco su interior hasta que por fin tocaron a la piedra... silencio brutal... la piedra negra cometió a tomar el mismo color extrahumano que nosotros ya conocíamos... una tensión peligrosa embriagó todos los corazones. Las piedras que teníamos en las manos se iluminaron también en el mismo color sobrenatural... y un trueno intenso rasgó el cielo y tres puntos luminosos aparecieron agrandándose en la lejanía... tres inmensas naves de fuego y colores se acercaban, mientras el cielo se teñía de aquel color misterioso... sobre nuestras cabezas las tres moles luminosas comenzaron a emitir rayos, cada uno de los cuales correspondía a un sonido diferente de la sinfonía espacial que nos envolvía... unos rayos mas fuertes que los demás iluminaron a los que teníamos las piedras y nuestros cuerpos temblaban... de pronto, los cuerpos de algunos cayeron por tierra, mientras unas figuras luminosas se desprendían de ellos con las piedras brillantes que volaban hacia las naves. En ese momento tiré mi piedra con fuerza, y dando una terrible patada a la mano de krinta, hice que su piedra saliese despedida. Me abalancé sobre ella como un loco y arrastrándola casi, comenzamos a correr tropezándonos y cayéndonos debido a la gente y a las vibraciones y la luz que nos cegaba... un sonido intensísimo nos hizo parar y volver la cabeza: las grandes naves se alejaban... miramos a los hombres y allí estaban todos: sus cuerpos yacían muertos y quemados... las piedras habían desaparecido de sus manos... Krinta y yo nos abrazamos con una sensación indescriptible de pánico y alivio a la vez... el amor nos haría sobrevivir en este mundo podrido donde solamente en escasos sitios se podría realizar el sueño de vivir como verdaderos seres humanos...

Miramos al cielo. Ahora solo eran tres puntos luminosos que desaparecían. Nuestros compañeros se alejaban en ellas totalmente inmersos en una nueva dimensión carente de luz y sonidos humanos. Conservando en su espíritu la imagen de sus cuerpos calcinados como último recuerdo de su vida en la tierra... ni siquiera sé si me dieron un poco de envidia, pero si así fue, se me paso enseguida, pues la voz femenina y terrena de Krinta, era algo a lo que no quería renunciar tan pronto. Así que comenzamos a descender, entre gente aun paralizada por lo que acababa de ver. Nuestro rostro se iba iluminando al pensar en la vida que aun nos quedaba por sentir, dentro del viejo cascaron humano... Volveríamos a las selvas, a dejar que la muerte nos sobreviniese, pero no como fin, sino como puerta a nuevas dimensiones... dimensiones que es capaz de imaginar para nosotros la fuente cambiante de energía y consciencia infinita que es el universo...

Fin

Patxi laredo; Hernani 6-4-1978

La música de

- Tangerine Dream
- Klaus Schulze
- Jean Michel Jarre
- Pink Floyd y
- Edgar Froese,

Ha producido en mi mente visiones que he plasmado en esta novela.